

feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo.

Apenas le oí yo decir esto, cuando, movido de mi afición, aunque su determinación no fuera tan buena, la aprobara yo por una de
5 las más acertadas que se podían imaginar, por ver cuán buena ocasión y coyuntura se me ofrecía de volver á ver á^a mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque, en efeto^b, la ausencia hacía su oficio, á pesar de los más
10 firmes pensamientos; y^c, cuando él me vino á decir esto^d, según después se supo, había gozado á la labradora con^e título de esposo, y esperaba ocasión de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el duque, su padre, haría cuando supiese su disparate. Sucedió, pues, que como el amor, en los mozos, por la mayor parte, no lo es, sino
15 apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atrás^f aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor; quiero decir que, así como D. Fernando gozó á la labradora, se le^g aplacaron sus
20 deseos y se resfriaron sus ahincos; y, si primero fingía quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecución.

Dióle el duque licencia, y mandóme que le acompañase. Venimos^h á mi ciudad; recibióle mi padre como quien era; vi yo luego

a. ...volver á ver mi Luscinda. V.^{1,2}, MIL. = b. ...en efeto. A.³, ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. = c. ...ya cuando. C.¹, L.³, MAI., FK. = d. ...á decir

según. L.^{1,2}. = e. ...á la labradora á título. ARR. = f. ...de volver tras. BR.³, AMB. = g. ...se aplacaron sus. ARR. = h. Vinimos. MAI.

1. ...unos muy buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo. — Hablando de los recuerdos de Andalucía, que en las páginas del libro sin par se encuentran á cada paso, dice Rodríguez Marín (1), contrayéndose á Córdoba:

«No hay menos recuerdos de esta ciudad en la incomparable novela cervantina: á la nada buena obra de mantear á Sancho coadyuvan dos agujeros del Potro; cordobeses son, á no dudar, aquellos finos amantes Luscinda y Cardenio; en más de un pasaje, éste es uno de ellos, se encarece la justa fama de los caballos de aquella tierra; del odioso caño de Vecinguera se hace memoria en otro lugar; cordobés era el loco que despertaba con un canto (no musical ni de tierna hogaza) á los perros vagabundos, fuese ó no este loco el Luis López á quien Cervantes mentó en el prólogo de sus *Comedias y entremeses*, ya que parece ser distinto de aquel Olivera que otros escritos mencionan.»

(1) *Rinconete y Cortadillo*, pág. 190. — Sevilla, 1905.

á Luscinda; tornaron á vivir (aunque no habían estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales di cuenta, por mi mal, á D. Fernando, por parecerme que, en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debía encubrir nada. Alabéle la hermosura, donaire y discreción de Luscinda, de tal manera, que mis alabanzas
5 movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan^a buenas partes adornada. Cumplíselos yo, por mi corta suerte, enseñándosela una noche, á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos. Vióla en sayo^b tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido. Enmudeció, perdió
10 el sentido, quedó absorto, y, finalmente, tan enamorado cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura; y, para encenderle más el deseo (que á mí me celaba, y al cielo á solas descubría), quiso la fortuna que hallase un día un billete suyo^c pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan
15 enamorado, que en leyéndolo me dijo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demás mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora que, puesto que yo veía^d con cuán
20 justas causas D. Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y con razón^e á

a. ...de tantas buenas. C.¹, L.^{1,2}, MAI. = b. Vióla en signo tal. ARG.^{1,2}, BENJ. = c. Omiten las palabras pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa. ARG.^{1,2},

BENJ. = d. ...que yo vía con. BR.^{1,2}. = e. ...á temer y á recelarme. C.^{1,2}, L.^{1,2,3}, V.^{1,2}, BR.^{1,2,3}, MIL., AMB., TON., A.¹, ARG.², MAI., FK.

9. *Vióla en sayo tal.* — No ha faltado quien, como el académico D. Ramón Cabrera, creyese que el original diría, á no dudar, *en sazón tal* y no en *sayo tal*, como se ha leído siempre. Fúndase, para defender tan decididamente esta su opinión, en que el Príncipe de los ingenios escribió, en el cap. 41 de la primera parte: «Porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene días y *sazones*, y requiere *accidentes* para disminuirse ó acrecentarse; y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen... Pero admirábase de la hermosura de Zoraida, la cual, en aquel instante y *sazón*, estaba en su punto, así con el cansancio del camino como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos.»

Juzgando por analogía, y porque fuera robar encantos á la natural hermosura de Luscinda creer que D. Fernando quedó prendado de ella porque al salir á la reja iba en *sayo tal*, esto es, con tal vestido que no podía menos de arrebatar su admiración; por todo ello entendemos que el benemérito individuo de nuestra primera Corporación literaria no andaba enteramente descaaminado al proponer la susodicha corrección. Pero, como también cabe objetar que la voz *sayo* significa cualquier vestido, de ahí que, respetando la lección tradicional, dejemos al juicio y gusto de cada lector substituir, si le place, el un vocablo por el otro.

recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movía la plática aunque la trujese ^a por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese revés alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacía temer mi suerte lo mismo ^b que ella me aseguraba. Procuraba siempre D. Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba y los que ella me respondía, á título que de la discreción de los dos gustaba mucho. Acaeció, pues, que, habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer (de quien era ella muy aficionada) ^c, que era el de Amadís de Gaula...»

No hubo bien oído D. Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo: «— Con que ^d me dijera vuestra merced, al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageración para darme á entender la alteza de su entendimiento; porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habéis pintado si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda. Así que, para conmigo, no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento ^e, que, con sólo haber entendido su afición, la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo. Y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado, junto con Amadís de Gaula ^f, al bueno de D. Rugel de Grecia; que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya ^g, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y ^h representadas por él con todo donaire, discreción y desenvoltura. Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no durará ⁱ más en hacerse la enmienda de cuanto ^j quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi

^a. ...la trajese. MAI. = ^b. ...lo mismo. C.₃, BR._{1,2,3}, AMB., TON., A.₂, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. = ^c. ...leer que era el de. L._{1,2}. — ...de quien era ella muy aficionada me escribió un billete diciéndome que la pidiese á mis padres por esposa y lo puso y lo halló luego D. Fernando dentro del libro, que era el de. ARG.₁, BENJ. — Argamasilla segunda dice igual que la primera, mas en lugar de á mis padres

se lee á su padre. = ^d. ...dijo: como me dijera. AMB. = ^e. ...su hermosura que con sólo haber. L._{1,2}. = ^f. ...Amadís al bueno. BR.₂. = ^g. ...Daraida y Geraya. C.₁, L._{1,2,3}. = ^h. ...sus bucólicas representadas. L._{1,2}. = ⁱ. ...y no tardará más. BR._{1,2}, TON. — ...y no dure más. PELL. — ...y no dura más. C._{1,2,3}, L._{1,2,3}, V._{1,2}, BR.₃, MIL., AMB., A._{1,2}, BOW., ARR., CL., RIV., GASP., FK. = ^j. ...de cuando quiera. ARR.

27. ...y no durará más en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo. — No tardará estamparon primitivamente las ediciones primera y segunda de Bruselas: no durará leyeron, como nos-

aldea, que allí le podré dar más de trecientos ^a libros que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme vuestra merced el ^b haber contravenido á lo que prometimos de no interrumpir ^c su plática; ⁵ pues, en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos ^d como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los ^e de la luna: así que, perdón y proseguir, que es lo que ahora hace más ^f al caso.»

En tanto que D. Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se ¹⁰ le había caído á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo; y, puesto que dos veces ^g le dijo D. Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondía palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo: «— No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo ¹⁵ quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madásima ^h.

— Eso no, ¡ voto á tal! — respondió con mucha cólera D. Quijote ²⁰ (y arrojóle, como tenía de costumbre). — Y esa es una muy gran ⁱ malicia, ó bellaquería, por mejor decir. La reina Madásima fué muy ^j principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario

^a. ...más de cien libros. ARG._{1,2}, BENJ. = ^b. ...merced de haber. RIV. = ^c. ...de no interrumpir. AMB. — ...interrumpir. TON., GASP., MAI. = ^d. ...de hablar de ellos. GASP. — ...hablar en ello. ARG.₁. = ^e. ...ni humedecer en los rayos de la

luna. V._{1,2}, MIL. = ^f. ...que es lo que ahora hace al caso. GASP. = ^g. ...que dos veces le dijo. L._{1,2}. = ^h. ...la reina Madásima. C.₁, L._{1,2}. = ⁱ. ...una muy grande malicia. RIV., FK. = ^j. ...fué por principal señora. MIL.

otros, Arrieta y Hartzenbusch; enmienda tan razonada que, sin temor de arrojó, eso, y no el inconsecuente *dura* de las impresiones de Cuesta, Navarrete y otros, quiso decir Cervantes, pues el contexto de la oración á ello nos persuade, vista la analogía con este otro pasaje: «Por mí, — dice D. Quijote á su escudero, — te ves con esperanzas propincuas de ser conde... y no tardará dellas más de cuanto tarde este año.»

22. La reina Madásima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotras. — Elisabat, hombre de misa, cirujano de Amadís, cronista á quien se atribuye la historia de Esplandián, consejero y amigo de la infanta Grasinda, no tuvo jamás relación con ninguna de las tres Madásimas que se mencionan en los libros caballescicos, una de ellas infamada de liviana por sus apetitos desapoderados.

entendiere miente como muy gran bellaco, y yo se lo^a daré á entender á pie ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de día, ó como más gusto le diere. »

Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al^b cual ya había
5 venido el accidente^c de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco D. Quijote se la oyera, según le había disgustado lo que de Madásima le había oído. ¡Extraño caso!, que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural
10 señora: tal le tenían sus descomulgados libros. Digo, pues, que^d, como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á D. Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado; y
15 el Roto le recibió de tal suerte, que, con una puñada, dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él y le^e brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo^f peligro; y, después que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse

a. ...y yo se le daré. BR.₃, AMB. = PELL. = d. Digo, pues, como ya. BR.₃,
b. ...atentamente á cual ya. BR._{1,2}, = = e. ...y lo brumó. AMB. = f. ...mesmo.
c. ...el accidente de su locura. C.₃, V._{1,2}, C._{1,2}, V._{1,2}, BR._{1,2,3}, MIL., AMB., A.₁.

Arrebatado en ira, Cardenio da como seguro el amancebamiento con el *sacapotras*, como despectivamente llama al maestro Elisabat. ¡Extraño caso, este volver D. Quijote por ella, como si realmente fuera su verdadera y natural señora!

Por hidalga cortesía, por respeto á la sangre de una reina (poco importa que no lo fuese: D. Quijote la tenía por tal), acaso por cumplir con aquella máxima de que el honrar á las mujeres es deuda á que nacen obligados todos los hombres de bien, salió á su defensa, no tímida y condicionalmente, sino de un modo resuelto y absoluto, como Lope, que, impulsado por espíritu de devoción monárquica, defendió, en su comedia *La varona castellana*, á Doña Urraca de Castilla, tachada en nuestra historia, por el arzobispo D. Rodrigo y por el Padre Mariana, de haber llevado, *con sus mal encubiertas deshonestidades, torpe y mala vida*.

16. ...luego se subió sobre él y le brumó las costillas muy á su sabor. — El inconciliable Clemencín pretende que debiera decirse *abrumar*. Hoy quizá estaría bien emplear tal verbo; pero en tiempos de Cervantes se usaba el vocablo *brumar*.

Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua castellana*, no empleó tal verbo: en cambio define de esta manera el término *bruma*: «Apesgar, quebrantar á golpes sin hacer rotura ni herida en el cuerpo. De *broma*, que comúnmente vale en español peso y carga despacible y trabajosa.»

Sancho, y, con la^a rabia que tenía de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenía la culpa de no haberles avisado que á aquel^b hombre le tomaba á tiempos la locura; que, si esto supieran, hubieran estado
5 sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo había dicho, y que, si él no lo había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza^c, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñadas, que, si D. Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos.

Decía Sancho, asido con el cabrero: «— Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura; que en éste, que es villano como yo y^d no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado.

— Así es, — dijo D. Quijote; — pero yo sé que él no tiene nin-
15 guna culpa de lo sucedido. »

Con esto los apaciguó, y D. Quijote volvió á preguntar al cabrero si sería posible^e hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero

a. ...y con rabia que tenía de. V._{1,2}, plicar. L._{1,2}. = d. ...como yo ó no está.
MIL. = b. ...avisado que á aquel hombre. L._{1,2}. = e. ...si sería posible á hallar á
ARR. = c. Replicó Sancho y tornó á re- Cardenio. BR.₃, AMB.

La Real Academia Española, en su *Diccionario de Autoridades*, da estas definiciones: «Cargar á uno demasiado, molerle y oprimirle. Dicese también *abrumar*. También se toma por moler y quebrantar el cuerpo á palos, sin hacer rotura ni herida; y en fuerza de esto, cuando á uno le han dado de palos, se dice que le *brumaron* las costillas.»

En tal significado lo usó Cervantes en este pasaje, y en el primero *Quevedo*, pues en una de sus obras (1) dice: «Pedro, y los que con él eran, dijeron: — Maestro, las olas de la multitud te *bruman* y afligen.»

Y M. Agred escribió: «No advertían cuán pesada es la gravedad de las riquezas, que los *bruman* hasta el suelo.»

Y en un conocido romance se lee:

«Guardad, aunque *brume* el toro
De tres en tres las costillas,
Para entonces el denuedo,
Y para después las bizmas.»

5. Respondió el cabrero que ya lo había dicho. — Y por cierto que anduvo harto moderado en su respuesta á Sancho, pues sin duda recuerda el lector cómo había contado que, levantándose Cardenio con gran furia del suelo, comenzó á dar puñadas al pastor que estaba junto á sí.

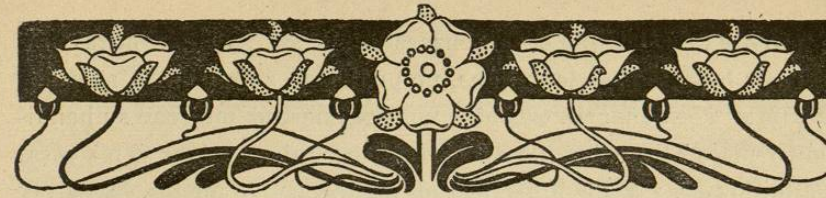
(1) *Polít.*, parte I, cap. 4.

lo que primero ^a había dicho, que era no saber de cierto su manida ^b; pero que, si anduviese mucho por ^c aquellos contornos, no dejaría de hallarle, ó cuerdo ó loco.

a. ...lo que primero le había dicho. C., L., MAI., FK. = b. ...su manid. | *dad. V., 1., 2. = c. ...si anduviese mucho aquellos contornos. FK.*

1. *...lo que primero había dicho.* — «Lo que primero *le* había dicho» se lee en la *princeps*. No dictó la vehemencia de la pasión, en cuyo caso fuera lícito el pleonasma, la redundancia del pronombre *le*. Ciertamente, en el *Quijote* las hay, tales que ofenden al lector de exquisito gusto: son hijas, á no dudarlo, en parte, de la espontaneidad y de un como cierto abandono con que á veces dejaba correr la pluma.

Nunca holgarán estos reparos á los ojos de quienes, topando con la primera edición de Cuesta y con las de sus apasionados defensores, juzgan que las variantes introducidas (no discutamos por quién) en la segunda y tercera del mismo impresor han de rechazarse forzosamente, como si no merecieran respeto alguno los ejemplares salidos de una misma oficina.



CAPÍTULO XXV

Que trata ^a de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo á ^b la penitencia de Beltenebros

DESPIDIÓSE ^c del cabrero D. Quijote, y, subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento ^d de muy mala gana. Íbanse poco á poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con

a. Omiten Que trata. BR., AMB. = b. ...hizo de la penitencia. ARG., 1., 2., BENJ. = c. Despidiese. C., 1. = d. ...el cual lo hizo de muy mala gana. BR., 1., 2., MAI.

Al entrar aquí, estamos, aunque alguien no lo juzgue de tal suerte, en plena historia caballeresca: no en la que el héroe mata endriagos, desbarata ejércitos, hace fracasar armadas y destruye, apenas sin esfuerzo, encantamientos; sino en otra más apacible y serena, en la que todo se mueve en una atmósfera poética: es la historia en que el caballero vuelve con hermosas palabras por la honra de una reina ultrajada, por la honra de la mujer en general. Aquí alardea de conocer las leyes de la caballería andante mejor que cuantos en el mundo la profesaron; aquí, ha de añadirse, ese loco que despierta nuestra simpatía, se interesa vivamente, ¡caso singular!, por otro loco (en verdad, así lo parece) más desventurado que él.

Llena de halagadoras reminiscencias, el alma del primero de estos dos elementos da lecciones de arte, ensalza á los que en la antigua caballería fueron músicos y trovadores á la par; y, añorando á Dulcinea, préstase voluntariamente, pues en su corazón no cabe mancilla, á imitar la dura y áspera penitencia del héroe de Gaula cuando, desdeñado de Oriana, se retiró á la Peña Pobre, metida allá en el mar, á no pocas leguas de la costa.

Línea 2. *...Sierra Morena.* — El nombre de esta sierra ha dado materia á españoles y extranjeros para escribir mucho. Théophile Gautier, en su *Vo-*